

Por *Colectivo Alborán**

Hace algún tiempo corrió por Internet un escrito firmado por Julio Shöen Geary que tuvo una gran difusión, incluso fuera de España. En él meditaba el autor sobre la actitud extraña y sumisa de un Ejército heredero (no había habido rotura alguna) de aquel que se denominó Ejército Nacional. Ha pasado algún tiempo y no podemos decir que todo sigue igual porque todo ha empeorado. Lo que sí podemos decir es que este Ejército, sea el que sea, es irreconocible.

El sistema político, que se autodenomina “de libertades”, controla perfectamente la prensa, de forma que las quejas, los duros comentarios, la auténtica desazón, por no decir el simple y castellano cabreo, en eso que se llama la gran familia militar, quedan matizados o ensordecidos por discursos, revistas, ceremonias, desfiles o desfilitos. Pero ahí está Internet, sin barreras ni controles (por ahora) donde el profundo y hasta desesperado malestar de esa familia militar es una olla que empieza a estar a una presión, todavía controlada, pero que el tiempo dirá cuánto durará ese “control”. Presión desde abajo, porque los mandos que van accediendo a puestos de responsabilidad, elegidos a dedo por aquellos que saben a quien han de nombrar, nada harán que pueda hacer peligrar su puesto o cargo.

Hay un nada despreciable número de generales y almirantes en la reserva que escriben sobre temas muy importantes y cultos, hasta filosóficos, sobre la disciplina, el honor, el compañerismo, la lealtad...., todo en niveles de cátedra, pero con los pies elevados del suelo un par de palmos, levitando. No pisan la tierra que tiembla. Estos generales en la reserva, a los que hemos admirado como profesionales ejemplares, mantienen hoy un prudente silencio, cuando no una actitud dolida pero disciplinada, ante las humillaciones, los desprecios y las más brutales ofensas a un Ejército al que ellos han pertenecido y, nos imaginamos, pertenecen todavía. Y soportan estoicamente las ofensas a una Bandera cuyo escudo ha presidido las Salas de Banderas de sus Regimientos o sus navíos o ha cubierto los féretros de sus compañeros asesinados. Y cuando un general se atreve un día a decir algo que es el pensamiento común de todos sus compañeros, y que no sólo es lógico y aplastantemente razonable, sino “constitucional”, al ser sancionado por el rencor institucionalizado, ningún compañero en los niveles del generalato es capaz de salir a la palestra y decir: “tiene razón y yo suscribo lo que él ha dicho”. Nadie. Pero no nos engañemos, si es otro militar de grado inferior el sancionado, que también quiso mostrar su crítica opinión de forma dura pero razonable, encontrará a su alrededor un desolador vacío al que le someten sus compañeros en

activo.

Pero no solo es que los altos mandos en situación de reserva “no entren al toro” y casi todos los de activo solo se miren el ombligo de su grande o pequeña carrera. Es que tampoco ningún retirado, y, por lo tanto, no sujeto ya al código de justicia militar, se molesta en protestar ni por lo escaso del presupuesto. Y decimos militar en el sentido amplio, que incluye a la Guardia Civil. ¿Qué es lo que está pasando?

Se ha echado sobre los estrechos hombros del expresidente Rodríguez Zapatero la responsabilidad de esta campaña que ha desembocado en la miserable Ley de “Memoria Histórica”, pero es algo que viene de lejos, de muy lejos, prácticamente desde el día en que Franco fue enterrado en el Valle de los Caídos. Desde entonces, este Ejército ha ido retrocediendo, actitud que no ha dejado de hacer desde hace treinta y cinco años. Y aun sigue en ello.

Muchos años de retirada y derrota. Ante la falacia de una legalidad vigente basada en el rencor, el odio y la venganza, se han admitido las mayores humillaciones, cuando no auténticas vilezas. Primaba la idea de que permitiendo ciertas cosas, aquellos se contentarían y algo se podría salvar. Una práctica guerrera que conduce gloriosamente al desastre.

Pero también se ha tratado, desde los propios mandos del Ejército de justificar ciertas actitudes de los que detentan el poder. Basta un ejemplo. Recordamos a un general, compañero de promoción, que delante de las cadetes de la Academia General de Zaragoza, formados ante nosotros los veteranos, después de su arenga en la que citaba el “Decálogo del cadete”, le hicimos ver nuestra extrañeza al no hacer mención a que este Decálogo fue redactado por Franco, siendo General Director de esa Academia. Nos respondió que Franco ya era para los cadetes un personaje tan lejano como Cisneros. Borrar a Franco de nuestra propia Historia era asumido por parte de nuestros mandos como algo normal.

Lo peor es que aquel “valiente” militar es superado continuamente por otros: el actual Segundo JEME cuando fue director de la Academia dejó quitar la estatua de Franco, y el impresentable Director de nuestros días, Francisco José Gan Pampols, asegura que “no hay ningún conflicto que valga una vida humana”.

Si los generales, hoy en la cúpula y en otros destinos y cargos importantes, leyeran u oyeran todo lo que se comenta de ellos por Internet o en tertulias y peñas, empezarían a meditar sobre el peligroso suelo que pisamos, porque un Ejército sin moral, sin objetivos definidos y claros y, sobre todo, dividido, es una máquina inservible.

Todos sabemos que el Ejército ha de estar sometido al poder, llamemos constitucional, otros prefieren llamarle poder civil, pero este “Poder” no es el de la secta política, es decir, que en el caso del Ejército, las disposiciones que le afecten de forma radical no puede ser el resultado de una actitud de secta política, que hoy dicta esto y mañana otra secta lo modifica, hasta que la anterior, si recupera el poder, vuelve a las andadas en un miserable ping-pong entre partidos, utilizando a una institución de las dimensiones y categoría del Ejército, como simple carta de baraja en un juego de tahures y rufianes.

Hemos llegado a un punto de difícil retorno. Una partida de ganapanes de la política quieren humillar, poner de rodillas a toda una institución. Ahí está el caso sangrante (sólo un ejemplo más) de que dos exministras, de rara catadura moral, sean las que, siguiendo las órdenes de su señor natural el presidente Rodríguez Zapatero, deciden eliminar una estatua del comandante Franco de un acuartelamiento de la Legión en Melilla. La exministra de la llamada, cualquiera sabe por qué, Cultura, y cuyo nombre hemos tenido que buscar en Internet, ha dictaminado que esa estatua, ni por su valor artístico ni por el histórico, debe permanecer en ese Acuartelamiento. ¿Quién se ha alzado desde sus cargos en la cúpula militar contra esa estúpida infamia? Nadie. Y aquellas publicaciones militares, oficiales y para-oficiales siguen publicando anagramas, diagramas, estudios estratégicos para el futuro del Cono Sur, o sobre la uniformidad deseable, pero silencian estos hechos. Mientras que en otras publicaciones que se interesan por lo militar, en cuanto se tocan estos temas, los foros que provocan arden por los cuatro costados. Porque muchos militares activos o retirados, pese a la aplastante y continua labor de la rencorosa política de unos y de la cobardía de otros, conservan eso que llaman dignidad.

El cierre del Museo Militar de Montjuich, ante la sumisión, cuando no cobardía, de las instituciones militares; el canibalismo rencoroso que ha primado en el nuevo Museo Militar en el Alcázar de Toledo; la retirada de placas en calles, cuarteles o centros militares de aquellos que las RROO denominan héroes y que forman parte de una Historia y tradiciones que al parecer hay que conservar; la aceptación, otra vez sumisa, del abyecto travestismo en el Ejército; el convertir a las Residencia Militares en baratos “meublés”...; toda esa basura va convirtiendo a una institución cargada de gloria en un fante de caseta del pim-pam-pum.

Todavía no hemos llegado ahí, pero no pasará mucho tiempo para que, entre rencorosos y

cobardes, consigan que los símbolos tradicionales del Ejército desaparezcan, y que sus referentes heroicos sean Durruti (ya se expone algo suyo en un museo militar valenciano), el Lister, el Campesino o que André Martí sea considerado un genio militar al organizar las Brigadas Internacionales, cipayos de la URSS cuyo nombre pronto ostentará, con toda seguridad, algún acuartelamiento del “nuevo” Ejército.

Y así ¿hasta cuándo? ¿Es que queda algo por demoler? Cuando al fin alguien se alce para impedir la desaparición de un Ejército cargado de Historia, se encontrará que no hay nada que salvar, porque ya no existe.

**El ‘Colectivo Alborán’ lo forma un grupo de altos mandos del Ejército español, retirados y en activo, que cuentan con una cualificada experiencia militar y una notable preparación académica. A todos ellos les une un denominador común: el amor a España y la preocupación ante los acontecimientos que vive nuestra nación.*